



Ayuntamiento de
Valladolid

Concejalía de Educación,
Infancia e Igualdad



Violencia de Género
FUERA
de nuestras vidas



IGUALDAD
Ni menos ni más

Por intentarlo,
por no rendirte,
por ir conquistando
tus derechos y libertades.

**SIÉNTETE
ORGULLOSA DE**

**ser
mujer**

**DÍA
INTERNACIONAL
DE LA MUJER
8 DE MARZO**

2016



Ayuntamiento de
Valladolid

Querría comenzar agradeciendo al Ayuntamiento de Valladolid que me haya encomendado la redacción del Manifiesto del 8 de Marzo de 2016. Es para mí un verdadero honor. Como sabemos, el 8 de marzo no es una conmemoración más del calendario, sino uno de los medios instituidos internacionalmente para avanzar hacia un mundo más justo. Constituye un momento privilegiado, es una invitación a que reflexionemos sobre la situación actual de la mitad de la humanidad, las mujeres, sobre el camino recorrido y los retos futuros. ¡Queda tanto por hacer incluso en los países en los que se ha alcanzado la igualdad ante la ley!

En un momento en el que se está poniendo en duda la importancia de la Filosofía en la educación, me propongo con este Manifiesto reivindicar su importancia para avanzar hacia un mundo de igualdad y sostenibilidad. Ante múltiples asignaturas pendientes en cuanto a la igualdad, ante la dura realidad de una violencia de género que no cesa y que se reproduce entre adolescentes, ante un Estado de Bienestar menguante que carga a las mujeres con el peso de los cuidados, ante la brecha salarial y el paro y ante una crisis ecológica que traerá aún mayores desequilibrios económicos y sociales, precisamos más que nunca un pensamiento crítico y constructivo, un pensamiento que vaya más allá del cálculo cortoplacista del beneficio monetario, un pensamiento capaz de orientarse por valores éticos y ofrecer nuevos horizontes regulativos hacia los que encaminarse. Un pensamiento, en suma, que ya en otras ocasiones de la Historia, nos ha ayudado a dejar atrás situaciones de esclavitud, discriminación, ignorancia, desconcierto, injusticia... y que ahora participa en la gran tarea de construir la igualdad entre mujeres y hombres y una ética ecológica a la altura de nuestros tiempos.

Una de las ideas clave de la Modernidad ha sido la del dominio de la Naturaleza, olvidando que los seres humanos también somos parte de ella. La ciencia y la tecnología han mejorado en muchos aspectos la calidad de nuestras vidas, sin duda. Pero el desarrollo destructivo _la guerra contra la Naturaleza_ ha generado consecuencias imprevistas: desertización, envenenamiento de la tierra, el agua y el aire, pérdida de la biodiversidad, incremento de enfermedades debidas a la contaminación y, finalmente, el calentamiento global del cambio climático. Atendiendo a ello, el premio Nobel de Química del año 2000, Paul Crutzen, ha afirmado que estamos en el "Antropoceno", una era geológica caracterizada por la capacidad inédita de devastación de los ecosistemas adquirida por el ser humano a través de la tecnociencia. Desde una perspectiva de género, podemos ahondar en esta denominación, preguntándonos si el modelo de conquista de la Naturaleza ha sido elaborado según el "anthropos" (ser humano) o de acuerdo a los mandatos de género para el "andros" (varón). La voluntad de poder nietzscheana también tiene clave de género. Frente a la globalización neoliberal, social y ecológicamente devastadora, numerosos hombres y mujeres se esfuerzan hoy por lograr un cambio de rumbo que posibilite un presente sostenible y un futuro aceptable para la humanidad y los demás seres vivos. Ahora bien, a menudo, a nivel internacional, ha sorprendido el elevado número de mujeres implicadas en tareas de cuidado de la Naturaleza. Para explicarlo, algunos han relacionado este hecho con las antiguas figuras de la Madre Tierra. Para evitar cualquier interpretación esencialista según la cual las mujeres seríamos ecologistas natas, yo he preferido hacer una reelaboración del mito griego de Ariadna y el Mino-

tauro en mi libro *Ecofeminismo para otro mundo posible*. En su versión original, este mito cuenta que el Minotauro era un ser mitad hombre mitad toro que se alimentaba de carne humana. Todos los años, un grupo de jóvenes atenienses era introducido en el laberinto en el que se encontraba encerrado para que los devorara. El valiente Teseo decide ofrecerse voluntario para eliminar al monstruo. Con la ayuda de Ariadna, que le entrega un ovillo para marcar el camino, consigue su propósito, mata al Minotauro y sale victorioso del laberinto al encuentro de la amada que le espera. Fiel a la convicción de Platón de que los mitos pueden explicar rápida y elocuentemente una idea compleja, mi reelaboración para el siglo XXI hace que Ariadna entre con Teseo en el laberinto y juntos liberen al Minotauro que no es sino la Naturaleza maltratada, incomprendida y sufriendo, nuestra naturaleza interna y la naturaleza externa, el mundo vivo no humano. El ovillo de Ariadna representa los saberes, actitudes y sentimientos devaluados por haber sido históricamente femeninos: empatía con el Otro, cuidado, compasión... Y subrayo "históricamente femeninos" porque los considero un resultado de potencialidades presentes en mayor o menor medida en todos los seres humanos independientemente de su sexo. Los roles y normas sociales de género han favorecido su florecimiento en las mujeres porque eran funcionales para las tareas que se les encomendaban y, por el contrario, generalmente las han reprimido en los hombres. Esto no significa, por supuesto, que todas las mujeres sean empáticas y compasivas. Sabido es que las ciencias sociales no tienen la predictibilidad de las ciencias naturales y se limitan a constatar tendencias estadísticas significativas. Esa imprecisión es uno de los nombres de la libertad.

Alguna vez he afirmado que la Filosofía ha sido madre y madrastra con respecto a las mujeres. Ha sido madrastra _aquella figura tan negativa de los cuentos tradicionales infantiles_ cuando se ha limitado a revestir a los viejos prejuicios de la inferioridad del sexo femenino con los tropes del discurso erudito, legitimando la subordinación de las mujeres en las leyes y en la vida cotidiana. Recordemos que Aristóteles sostuvo que las mujeres, los esclavos y los animales no tienen un fin en sí mismos, sino que existen para los fines del hombre libre. Rousseau, el pensador por excelencia de la democracia moderna, afirmó que las mujeres no deben ser ciudadanas, su misión ha de limitarse a criar ciudadanos y cuidar y acradar a los hombres. Kant, quizás el filósofo de la Moral más influyente del pensamiento moderno, negó que las mujeres pudieran ser realmente morales y justas ya que consideraba que no son capaces de razonar éticamente. ¿Será acaso que estos autores, tan admirables en otros temas, no podían pensar de otra manera debido a los condicionamientos de su época? Los estudios filosóficos de las últimas décadas han mostrado que, en realidad, todos ellos estaban debatiendo y posicionándose frente a otros autores anteriores o de su propio tiempo, que criticaban la situación subordinada del colectivo femenino.

El argumento principal de la definición de las mujeres como el Otro, como Alteridad que no podía ser incorporada en las tareas humanas más excelsas ha consistido en considerarlas seres naturales limitados a funciones biológicas, carentes de la trascendencia propia de la razón. Se establecía, así, un dualismo fuertemente jerarquizado: en el lado inferior, quedaban las mujeres, los animales, lo doméstico, las tareas del cuidado necesarias para el mantenimiento de los cuerpos y la afectividad que

consuela y repara, la Naturaleza; en el superior, la Cultura, el espíritu, los hombres, a los que se exigió que reprimieran en su interior los sentimientos empáticos y compasivos (devaluados como "femeninos") para desarrollar las características propias del mando, del dominio y de la guerra.

La filosofía ha sido madre para las mujeres cuando ha llevado a cabo su misión crítica en el examen ecuánime de la relación entre los sexos, cuando ha ofrecido conceptos sumamente valiosos para comprender la realidad y orientar una acción emancipatoria. Cumplieron esta inestimable función crítica de la filosofía a favor de las mujeres, pensadores como Licofrón y Antifonte en la Grecia antigua, Cristina de Pizán, Oliva Sabuco y Agrippa de Nettesheim en el Renacimiento, Mary de Gournay, la brillante discípula de Montaigne, a principios del siglo XVII, los ilustrados Jerónimo Feijoo, Poulain de la Barre, Olimpia de Gouges, el marqués de Condorcet, Mary Wollstonecraft, el gran John Stuart Mill y Harriet Taylor en el siglo XIX al hilo del sufragismo y, ya en el siglo XX, Simone de Beauvoir, por nombrar sólo algunas de las figuras clásicas al respecto.

¿Innato o adquirido? Tal ha sido el dilema en el que durante la Ilustración se movió el debate sobre las capacidades y características de hombres y mujeres. En una posición feminista *avant la lettre*, el fraile benedictino Jerónimo Feijoo afirmaba en su *Defensa de las mujeres* (publicada en 1726 e incluida en su *Teatro Crítico Universal*) que lo que se veía como menor inteligencia de las mujeres no era más que el resultado de la falta de instrucción y del enclaustramiento en el hogar. Un poco más tarde, la ilustrada zaragozana Josefa Amar y Borbón sostuvo que la educación tendría la capacidad de borrar los defectos que se les reprochaba. Los esfuerzos de numerosos ilustrados por obtener la inclusión de las mujeres en el sistema educativo fue también un combate por la mejora de la sociedad en su conjunto, dado el papel tradicional de las mujeres en la crianza. Y trataron de llevar realmente a la práctica educativa y política el lema iusnaturalista de la *igualdad de todos los hombres* como la *igualdad de todos los seres humanos*, mujeres incluidas. Recordemos que ser iguales no significa ser idénticos. En términos filosóficos, la igualdad no es un concepto descriptivo, sino valorativo. Cuando se afirma la igualdad de todos los seres humanos no se sostiene que sean idénticos, clónicos. Se pide su igualdad en dignidad y derechos. La larga lucha del feminismo por el reconocimiento de que las mujeres son "personas" y no, por ejemplo, simples objetos sexuales, se basa justamente en esta reivindicación de respeto e igualdad.

La filósofa existencialista Simone de Beauvoir ha sido una de las voces más potentes en la denuncia de la naturalización de la mujer como mecanismo de inferiorización. La frase más conocida de su obra *El Segundo Sexo*, publicada en 1949, es, sin duda, "no se nace mujer, sino que se llega a serlo". Con ella apuntaba al carácter socialmente construido de una supuesta esencia femenina que situaba a las mujeres en el ámbito de la Naturaleza, reservando a los hombres el espacio de la Cultura. En tanto existencialista, piensa la vida humana como proyecto elegido en libertad. Y al examinar la vida de las mujeres de su época, tan restringida en sus posibilidades en comparación con los varones, concluye que se les está negando la realización de sus potencialidades más propiamente humanas: la participación en la Cultura que se desarrolla en la Historia más allá de lo que consideraba mera Vida Cíclica de la Naturaleza.

Gracias a los esfuerzos de algunos pensadores y pensadoras y de numerosas mujeres y hombres feministas desde el sufragismo hasta nuestros días, hemos entrado en la Cultura y gracias a ello ahora podemos corregir aquellos de sus aspectos que son el resultado de una larga historia de exclusión de la mitad de la humanidad. Esta exclusión de las mujeres no podía dejar de producir carencias y deformaciones, o sea, sesgo de género. El sesgo androcéntrico de la Cultura consiste en la desvalorización de todas aquellas capacidades, actitudes y funciones que se han considerado femeninas. Han sido desvalorizados los sentimientos empáticos, la compasión y la capacidad de cuidado y se ha enaltecido, por el contrario, la conquista, el dominio y la competición bajo sus diferentes formas: bélicas, económicas, científicas, etc. La bipolarización de las identidades de género con su división extrema de las funciones exigidas a los individuos según su sexo anatómico ha conducido a un mundo dual y violento. Hoy, en las sociedades desarrolladas, esta bipolarización ha perdido parte de su rigidez, si bien subsisten vestigios considerables y se percibe la reaparición de viejos estereotipos bajo nuevos ropajes.

Las mujeres no somos más "naturales" que los varones ni puede exigírseles ser ángeles del ecosistema por nuestra pertenencia de género. Pero las tareas que nos fueron asignadas históricamente han favorecido el desarrollo de una actitud más empática, una praxis del cuidado de lo vulnerable, que hoy tiene que ser universalizada, es decir, enseñada también a los varones, y aplicada a los demás seres vivos y a los ecosistemas. Nos hemos integrado en el ámbito de la Cultura, en el ágora, en la política, en aquellos espacios de los que habíamos sido injustamente excluidas. Nuestra integración ha de implicar también importantes transformaciones. Para superar el sesgo androcéntrico de una cultura y una globalización que ignoran las necesidades humanas del cuidado y nos llevan a la catástrofe ecológica, es necesario un pensamiento crítico y constructivo que tome en cuenta la experiencia y el sentir de millones de mujeres en el mundo que trabajan todos los días en defensa de la Naturaleza interna y externa desde muy diversos ámbitos, convicciones y formas: la enseñanza, la literatura y el arte, el activismo, la agroecología, los huertos tradicionales de las campesinas de los países empobrecidos, la defensa indígena del territorio, la ciencia, la soberanía alimentaria, las energías alternativas, el reciclado y otras miles de prácticas sostenibles de la vida cotidiana en el ámbito doméstico...

La nueva Ariadna es hija del feminismo y de la ecología. Puede ayudar a Teseo a reconciliarse con la Naturaleza y reconocer que tanto hombres como mujeres somos parte de la Naturaleza y la Cultura. Puede ayudarle a construir un presente y un futuro en los que haya menos violencia y sufrimiento. Un presente y un futuro de justicia y compasión. Me gustaría concluir, pues, este Manifiesto, afirmando que las mujeres tenemos mucho que aportar a una nueva cultura de paz, porque en este siglo XXI, queremos ser *iguales en un mundo sostenible*.